

# GENOCIDIO Y EJECUCIONES EN EL MÉXICO ANTIGUO

P. Dr. Javier Olivera Ravasi

*“Ay del pueblo que olvida su pasado;  
Ay del que rompe la fatal cadena  
con que el ayer tiene al mañana atado”*

Manuel Machado<sup>1</sup>.

Fue el filósofo ginebrino, Jean-Jacques Rousseau quien allá por el siglo XVIII largó a rodar por vez primera la idea de que el hombre “nacía bueno pero la sociedad lo corrompía”. No éramos los bípedos, entonces, como Aristóteles, Platón y la filosofía clásica lo había considerado junto con la Iglesia, alguien “caído” e inclinado al mal, sino alguien a quien debía respetarse y tolerarse ya que estábamos inclinados siempre al bien y libres de todo pecado original. Su afirmación no era simplemente el fruto de una elucubración intelectual sino la consecuencia de una ideología política determinada. Antes que él, sin embargo, y con motivos aún más precisos, hubo otros que trataron de hacer lo propio para atacar una empresa que sería la gloria de la Iglesia y del occidente cristiano: la conquista y evangelización de América.

Es normal, incluso en nuestros días, escuchar distintas voces que denuncian a más no poder la “bondad natural” de los precolombinos y la “maldad natural” de los conquistadores españoles, de “aquellos sanguinarios conquistadores”<sup>2</sup>. ¿A qué tanta insistencia? Vayamos por partes.

## ***La conquista en primera persona***

Bernal Díaz del Castillo fue soldado de Cortés, el gran conquistador español. Una vez llegado a su vejez y con el arcón lleno de recuerdos, dejó un escrito con el que quiso recordar para la posteridad lo que había sido, en su juventud, la conquista de México por

---

<sup>1</sup> Manuel Machado, «Tradición», en Jorge Villén, *Antología poética del Alzamiento, 1936-1939*, Cerón y Librería Cervantes, Cádiz 1939.

<sup>2</sup> Nos basamos principalmente aquí en el jugoso artículo de CARLOS BIESTRO, *Guadalupe: Maravilla y esperanza americana*, Gladius 12 (1988) 3-32.

las tropas españolas; para ello y apelando a sus notas, escribió la famosa “*Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España*”.

El viejo guerrero, una y otra, vez confesaba allí sin ambages su admiración por el esplendor de la civilización azteca, no encontrando palabras adecuadas para que sus lectores llegasen a imaginar el asombro que los españoles experimentaron el 8 de noviembre de 1519:

“Vimos cosas tan admirables (que) no sabíamos qué decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, y veíamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchos puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México (...). Nosotros *no llegábamos a cuatrocientos soldados*”<sup>3</sup>.

“Cuatrocientos soldados...”; recordemos esta pobre cifra.

Los indios de México no se llamaban a sí mismos “aztecas” sino *tenochas*; su lengua era el náhuatl y habían aparecido como una tribu hacia el 1200 d.C.; proviniendo del norte, de Aztlan, “lugar de las garzas”, se habían establecido en Chapultepec. Con el paso del tiempo fueron desarrollando allí su vida hasta que en 1325 el sacerdote Tenoch les hizo buscar refugio en el Lago de México donde comenzaron a construir la famosa ciudad de Tenochtitlán. Bien dotados para la guerra, llegaron a ser un pueblo poderoso y temible del cual, en 1440, surgiría Moctezuma I, quien consolidaría el trono y, con él, la dominación azteca sobre una amplia zona de influencia. Fue bajo su reinado que los *tenochas* reemplazarían las antiguas chozas de la capital por aquellos edificios de piedra que impresionaron a los españoles como una visión maravillosa.

A principios del siglo XVI los aztecas eran amos y señores de un vasto territorio que iba desde México hasta lo que hoy es Guatemala; con gran abundancia de bienes materiales hacían que cada seis meses, más de trescientas ciudades sometidas a su dominio enviasen un tributo abundante y variado. Dos días no bastaban para recorrer la gran plaza de Tlatelolco donde las mercaderías se ofrecían a la venta<sup>4</sup>.

### ***¿Pelearon solos los conquistadores?***

Todo parecía feliz en el imperio... aunque no faltaran problemas como reconoce el mismo Von Hagen<sup>5</sup>, apologista del indigenismo. En efecto, lejos de ser un paraíso

---

<sup>3</sup> BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Crónicas Americanas*, C.E.A.L., Buenos Aires 1969, 5. Cursivas nuestras.

<sup>4</sup> VÍCTOR VON HAGEN, *The Aztec: man and tribe*, The New American library, New York 1962, 90. Von Hagen es un gran admirador de la cultura azteca.

<sup>5</sup> V. VON HAGEN, *op. cit.*, 96.

terrenal el sistema rígido de gobierno y las luchas intestinas y exteriores, hacían peligrar la continuidad de dominio.

Para el año del desembarco del conquistador Hernán Cortés, el imperio parecía estar desmoronándose por su propio peso; era una época “mesiánica” y “apocalíptica” para los aztecas, según afirma el historiador George C. Vaillant<sup>6</sup> ya que los nativos aguardaban el retorno de una figura legendaria, *Quetzalcoatl*. Su regreso del más allá hacía temblar no solo a los aborígenes, sino también al mismo emperador azteca *Moctezuma* quien, habiendo recibido una enorme cantidad de vaticinios funestos, no sabía si huir o esconderse en una cueva.

La expectativa ante sucesos extraordinarios era fermento de masa nueva y terminó de confirmarse, como afirman los cronistas, cuando los indios vieron bajar por vez primera de sus carabelas a los Conquistadores: las “ciudades flotantes”, los caballos y sus armas deslumbrarían por completo a los indígenas dejándolos atónitos.

Se narra que, al desembarcar en el puerto de Veracruz, los soldados de Cortés tuvieron por locura lanzarse a la conquista de aquel Imperio poderoso, y el Capitán extremeño, gran conocedor del arte de la persuasión, desmanteló nueve de sus diez buques dejando solo un barco para los pusilánimes a quienes despectivamente ofreció el regreso a la isla de Cuba. De este modo, logró que sus cuatrocientos hombres, *auxiliados por mil indios, con solo doce caballos y siete cañones, se internasen en el territorio mexicano*. Por su parte, los aztecas recibieron un efecto paralizante, pues además del poderío de estos cuatrocientos hombres, las tribus vecinas comenzaron a apoyar sin cesar a las fuerzas españolas, llegando a casi mil los “aliados”; pero... “¿ayudados por tribus vecinas”? ¿Por qué?

He aquí un punto importante que no se narra en la historia “oficial” y es que “muchos de los pueblos sometidos recibieron a los españoles como a sus libertadores”<sup>7</sup> a raíz de que el gobierno central trataba cada vez más despóticamente a las naciones vasallas.

“Los aztecas eran un imperio” –se nos dirá– por lo tanto “era justo que cobrasen un impuesto a las tribus vecinas”; de hecho, Roma, Grecia y hasta Estados Unidos lo han hecho... Esto es cierto, ¿pero qué cobraban para que tanto se rebelasen? Veámoslo.

---

<sup>6</sup> G. VAILLANT, *The Aztecs of Mexico*, Penguin Books, 1961, 257.

<sup>7</sup> G. VAILLANT, *op. cit.*, 232.

### *Una religión romántica: ¿En qué creían los indios?*

“Dime en qué crees y te diré quién eres”, suele decirse.

Los antepasados de Montecuzuma, lejos de ser los precursores del “amor y paz” de los años '60 o de la *New Age* moderna, eran cultores de la guerra y la sangre.

Para los aztecas había un conflicto bélico perpetuo que se desataba en el cielo y descendía hasta la tierra: el sol, al levantarse, expulsaba con sus rayos a la luna y a las estrellas trayendo el nuevo día, pero al caer la tarde moría y solo era revivido si los aztecas, “el pueblo del sol”, ofrecía a su dios *sangre humana*, “la sustancia de la vida”. Para corroborar estos dichos, basta solo con visitar el Museo Nacional de México donde se conserva la “piedra calendario”, cuyo diámetro excede los 3 metros y donde se representa la historia del mundo y la Guerra Sagrada entre las fuerzas opuestas de la naturaleza. A la vista se puede percibir, en el centro de la figura, cómo el sol abre desmesuradamente la boca y con la lengua sedienta reclama la sangre de las víctimas.

Se trataba de “alimentar al sol”, fuente de la luz; para ello los mozos del cruento banquete eran los mismos funcionarios del gobierno. Como señala el admirador de los indios Von Hagen “el gobierno azteca se hallaba organizado del principio al fin para mantener los poderes del Cielo y obtener su favor con cuantos corazones humanos era posible conseguir”<sup>8</sup>. De ahí que se necesitaran tanto las guerras contra las tribus vecinas para procurarse el menú del día.

A lo largo del año se realizaban sacrificios de todo tipo. Para provocar la lluvia, inmolaban niños porque creían que sus lágrimas tenían la virtud mágica de atraer el agua del cielo. En el sexto mes un niño y una niña eran ahogados al hundirse una canoa llena de corazones de víctimas. Los ritos en honor del dios del fuego tenían una incomparable “belleza bárbara”, tan del agrado de quienes lamentan la caída de esta civilización: los prisioneros de guerra danzaban junto con sus captores; de pronto estos les arrojaban en el rostro una sustancia analgésica y luego los lanzaban al fuego mientras alrededor de la hoguera se realizaba una danza macabra. Cuando todavía se encontraban con vida, sacaban con ganchos a las víctimas y les abrían el pecho para arrancar sus corazones y ofrecerlos al dios<sup>9</sup>.

Eso sí: eran grandes amantes de la naturaleza y respetuosos del medio ambiente, pues para sus vestiduras y durante el tiempo dedicado a los dioses de la fertilidad, utilizaban pieles de prisioneros recientemente desollados.

---

<sup>8</sup> V. VON HAGEN, *op. cit.*, 162.

<sup>9</sup> *Ibidem*, 95.

Pero no todo era espectáculo público, también había lugar para las diversiones privadas, como por ejemplo, un gran número de estas inmolaciones se hacían puertas adentro. Para estos sacrificios menores, sin embargo, se reservaban a las mujeres, los niños y los esclavos<sup>10</sup>. Practicaban también el canibalismo ceremonial y, cuando las víctimas habían sido inmoladas, los cadáveres eran arrojados por las escaleras de piedra de los templos y después comidos por nobles y guerreros. Según algunos estudiosos de estas “civilizaciones” “aproximadamente el 1% de la población, unas 250.000 personas, era sacrificado cada año durante el siglo XV en lo que ahora es México Central”<sup>11</sup>.

Todo era una rueda: para asegurar el movimiento del mundo debían perpetuar los sacrificios humanos y para obtener más víctimas debían guerrear, y para ganar las guerras tenían que ofrecer sacrificios...

Según las crónicas, en 1486 fue dedicada la gran pirámide de Huitzilopochtli donde el Emperador Ahuitzotl hizo inmolar a más de 20.000 víctimas luego de una batalla contra tribus vecinas por más de dos años<sup>12</sup>.

Este fenómeno no solo se daría en los pueblos del norte; veamos dos párrafos esclarecedores que trae Enrique Díaz Araujo:

“El holocausto de seres humanos como víctimas ofrecidas para apaciguar a los dioses fue puesto en práctica por aztecas, mayas, muiscas y quichuas... La antropofagia estaba vinculada también con el culto religioso; por razones rituales la practicaban iroqueses, aztecas, chiriguanos, guaraníes... Se llegó (en el Perú) hasta el reparto de tierras y mujeres entre los indios por un funcionario especial llamado ‘tocticoc’... Sahagún describe estos tristes cortejos de esclavos que caminaban flemáticamente hacia la muerte: bañados ritualmente, vestidos y adornados lujosamente, iban embrutecidos por la bebida divina ‘teooctly’, que habían tomado y terminaban su vida en la piedra de los sacrificios... Ya se ha dicho que, no habiendo animales de carga, hubo de apelarse a esos esclavos para el transporte ‘a lomo de indio’. Esta forma de transporte se generalizó en Perú a pesar de la existencia de la llama... Había prostitución, y dice Lehmann que frecuentemente los plebeyos cedían a los nobles sus hijas como concubinas. La poligamia era posible en la medida de la fortuna del varón... Era costumbre de los chibchas que el tributo al cacique se pagara con mujeres, que, esclavizadas, tenían hijos con aquel; esos niños se convertían en manjar de sus padres en actos de canibalismo

---

<sup>10</sup> G. VAILLANT, *op. cit.*, 200.

<sup>11</sup> JAN GEHORSAM, “Hambre Divina de los Aztecas”, Diario *La Nación*, 18-XI-1986.

<sup>12</sup> V. VON HAGEN, *op. cit.*, 164.

repugnante<sup>13</sup>. Entre los huarpes y cácanos era común el sororato, esto es, el derecho del esposo, al casarse, de unirse también con todas las hermanas menores de su mujer. Los mismos huarpes condenaban a muerte, pena que se cumplía inexorablemente, a las mujeres que osaban mirarlos cuando ellos se hallaban entregados a sus prolongadas borracheras... Los vencidos (en las guerras constantes) eran muertos o esclavizados. En el primer caso, ciertas parcialidades, como los caribes, los guaycurúes y los jíbaros, cortaban sus cabezas y las exhibían como trofeos de guerra. Los Incas, pueblo que en el lenguaje actual hubiésemos tildado de imperialista, pues dilató sus fronteras a fuerza de hostilidades expansivas y crueles sufridas por sus vecinos, construían tambores con la piel de los vencidos y quenas con sus huesos... La ebriedad fue un azote en casi todos los grupos aborígenes, causa de degeneración moral y factor de mortalidad de primer orden... La sodomía era generalizada en algunos pueblos... El incesto, la poligamia, la desnudez total, el levirato, esto es, la costumbre que obliga al hermano del que murió sin hijos a casarse con la viuda, el sororato, fueron comunes en numerosas parcialidades...”<sup>14</sup>.

No había sido mejor la suerte de *los mayas*, pueblo al cual indigenistas suelen describir como “los griegos de América”, pacíficos y dedicados a erigir templos y estudiar la ruta de los astros.

“Toda América estaba en la Edad de la Piedra Pulida cuando fue descubierta. Había traspasado los límites de la Edad de la Piedra Bruta, pero aún no había alcanzado la de los metales. Cierto es que el cobre, el bronce y los metales preciosos eran muy empleados con una variedad de propósitos, pero la piedra tallada y la pulida constituían en todas partes el principal material seleccionado para fabricar instrumentos cortantes... la rueda de alfarero y el barnizado no habían sido inventados... se erigieron estructuras simétricas de piedra, pero la escuadra, el compás, la plomada, la balanza y las pesas no habían sido inventadas... no habían llegado a idear los remos o velas para propulsarlos (botes), usaban únicamente la pala, y el timón les era desconocido... los instrumentos de cuerda escapaban a su capacidad ‘creadora’. A lo que agrega Louis Baudin: ‘La escritura no existía en el Perú... Los indios no conocían la sierra, las tenazas, el berbiquí, el tornillo, el clavo, la barrena, la lima, el cepillo, las tijeras, los fuelles, la cola, el vidrio, ni siquiera la rueda... Desconocían el hierro o no querían explotarlo... La famosa mina de Potosí fue descubierta por los españoles... No conociendo los indios el torno, hacían vasos de tierra cocida con moldes... hay un hecho cierto y curioso que ha colocado a los

---

<sup>13</sup> SALVADOR CANALS FRAU, *Las poblaciones indígenas de la Argentina*, Hyspamerica, Buenos Aires 1986, pp. 498-499.

<sup>14</sup> ENRIQUE DÍAZ ARAUJO, *Propiedad indígena*, UCALP, La Plata 2009, 96-97

indios en un estado de inferioridad manifiesta en relación con los demás pueblos de la antigüedad”<sup>15</sup>.

La guerra era continua porque suministraba esclavos y víctimas para los sacrificios. También los dioses mayas tenían que ser alimentados y su alimento predilecto era la sangre. No se contentaban con inmolar prisioneros de guerra y ofrecían a los dioses mujeres y niños. Como vemos imitaban a los aztecas pero añadían una perversión de su cosecha y cortaban por lo sano al mutilarse sus miembros viriles, según nos narra su apologista Von Hagen<sup>16</sup>.

Uno de los testimonios del obispo de Santa Marta, Fray Francisco Ortiz, nos deja el calco de lo que fue aquella sociedad “natural”:

“Los hombres de Tierra Firme comen carne humana, son sodomíticos más que generación alguna. Ninguna justicia hay entre ellos; andan desnudos, no tienen honor ni vergüenza; son como asnos, abobados, alocados, insensatos; no tienen en nada matarse ni matar: no guardan verdad si no es en su provecho. Son inconscientes, no saben qué cosa sea consejo; son ingratos y amigos de novedades. Précianse de borrachos... Emborráchanse también con humo y con ciertas hierbas que los sacan de seso. Son bestiales en los vicios; ninguna obediencia ni cortesía tienen mozos a viejos, hijos a padres. No son capaces de doctrina ni castigo. Son traidores, crueles, vengativos que nunca perdonan; enemiguísimos de la religión, haraganes, ladrones, mentirosos y de juicios apocados y bajos. No guardan fe ni orden; no se guardan lealtad marido a mujer, ni mujer a marido. Son agoreros, hechiceros, nigrománticos. Son cobardes como liebres, sucios como puercos. Comen piojos, arañas, gusanos, crudos, como los hallan... No tienen arte ni maña de hombres... Con los enfermos no usan piedad alguna, y aunque sean vecinos o parientes, los desamparan al tiempo de la muerte... Cuando más crecen se hacen peores... En fin, digo que nunca creó Dios tan cocida gente en vicios y bestialidades sin mezcla de bondad y gobierno”<sup>17</sup>.

Como el ejemplo siempre debe comenzar desde lo alto los más cumplidores de la ley eran los sacerdotes precolombinos: solo en Tenochtitlán había 5000 ministros del culto. Se cuenta que incluso los sacerdotes mayas jamás lavaban ni peinaban sus cabellos, que habían quedado pegajosos y nauseabundos por la sangre de las víctimas. “Los dioses

---

<sup>15</sup> BRINTON, Daniel, *La raza americana*, Nova, Buenos Aires 1946, 57-58, citado por ENRIQUE DÍAZ ARAUJO, *Propiedad indígena*, op. cit., 96-97.

<sup>16</sup> V. VON HAGEN, *op. cit.*, 125.

<sup>17</sup> COSTANTINO BAYLE, *España en Indias*, Madrid 1944, Editora Nacional, 43, citado en ENRIQUE DÍAZ ARAUJO, *Propiedad indígena*, op. cit., 100. La célebre película dirigida por Mel Gibson (*Apocalipto*) parece quedarse corta cuando uno se adentra en la literatura histórica de muchos de estos pueblos.

mandaban, los sacerdotes interpretaban la voluntad divina y el pueblo obedecía ciegamente”<sup>18</sup> nos dicen los admiradores de estas prácticas.

Jacques Soustelle, apologista de los aztecas confiesa que esta tribu estaba moral y físicamente al extremo de sus posibilidades en sus sacrificios humanos masivos y declara que “*si los españoles no hubieran llegado (...) la hecatombe era tal (...) que hubieran tenido que cesar el holocausto para no desaparecer*”<sup>19</sup>.

Pero un pueblo es lo que consume, como decían los antiguos estoicos y aunque no quisiésemos creer ni siquiera a los propios defensores de las prácticas aborígenes, podríamos echar un vistazo a lo que nos ha quedado. Para quien haya tenido la gracia de visitar ese hermoso país que es México, puede darse una vuelta por el ya citado Museo Nacional que se encuentra en D.F.; allí el testimonio de las “obras de arte” azteca es un testimonio perenne de su “cultura”. Cuando el francés Elie Faure, experto en Historia del Arte, las contempló por primera vez, palideció y dijo: “son casi siempre monstruosas, contorsionadas, aplastadas... no es posible distinguir más que montones de carne palpitante y despedazada, masas de entrañas, pilas de vísceras”<sup>20</sup>.

La representación de la diosa-madre Coatlicué, es una obra premonitoria de la cultura del aborto: descubierta en 1790 en la ciudad de México, tiene 2 metros de alto y pesa 12 toneladas: “su cabeza está formada por el extraño acoplamiento de dos cabezas; en lugar de manos tiene patas de jaguar y sus pies son garras de águila. Se muestra degollada, como las mujeres sacrificadas en los ritos de fecundidad; de su garganta abierta saltan chorros de sangre que representan dos serpientes. Tiene un collar, compuesto por manos y termina en una calavera y su falda está formada por víboras trenzadas”<sup>21</sup>.

Como es natural pensar, este tipo de culto (¿encubierto?) al demonio hacía que la cultura misma estuviese en decadencia y que tuviesen “menos adquisiciones científicas que los griegos del siglo V antes de Cristo”<sup>22</sup>.

---

<sup>18</sup> V. VON HAGEN, *op. cit.*, 165.

<sup>19</sup> JEAN DUMONT, “*La primera liberación de América*”, en “Verbo” oct. 1986, 85.

<sup>20</sup> V. VON HAGEN, *op. cit.*, 152.

<sup>21</sup> BRUNO BONNET-EYMARD, «Notre Dame de Guadalupe», Revista *La Contre-Reforme-Catholique au XXè siècle* 157 (1980), Suplemento de Septiembre de 1980, 20. Germain Bazin, Conservador del Museo del Louvre, decía que “ningún arte había previamente simbolizado con tanta fuerza el carácter inhumano de un universo hostil... Es un caos de formas tomadas de todos los reinos de la naturaleza; el único ritmo que asocia entre sí tales formas es comparable al de ciertas danzas salvajes que constan de una sucesión de estremecimientos frenéticos. Es un ritmo sísmico de la pura energía en acción sin el orden de una potencia intelectual... Para ellos el universo es un medio verdaderamente demoníaco” (GERMAIN BAZIN, en “Satan”, *Desclée de Brouwer*, 1948, 516-517).

<sup>22</sup> V. VON HAGEN, *op. cit.*, 168-169.

En fin, un mundo no tan feliz; todo estaba más o menos así hasta que llegaron los europeos...

Pero vayamos a un record de uno de estos “pueblos originarios”.

### ***Genocidio y record***

Los aztecas, muy particularmente, ostentan tres tristísimos y lamentables récords históricos<sup>23</sup>, que tal vez solo puedan disputarle los comunistas con sus 100 millones de ejecutados en 70 años de historia<sup>24</sup>, los EEUU (con sus bombas atómicas y los bombardeos en Dresde a poblaciones civiles) e Israel (perpetrando un genocidio en medio oriente que ya lleva varias décadas).

El primero de los aludidos récords corresponde a la cantidad de víctimas mortales en el transcurso de dos siglos; el segundo, a las logradas en solo cuatro días. Existe un tercer récord histórico que se disputan mayas, aztecas e incas, que es el referido a la cantidad de niños ejecutados.

#### **I- Record número 1: Mayor cantidad histórica de ejecuciones en dos siglos**

La cantidad de víctimas variaba mucho de acuerdo con la importancia de la ciudad o el pueblo. Fray Juan de Zumarraga y Francisco Clavijero<sup>25</sup>, dan cuenta de que en 1531 y solo en la ciudad de México se sacrifican a los ídolos más de 20.000 víctimas al año. Fray Juan de Torquemada ubica el número de víctimas mortales en todo el país por año en 72.244, incluidos 20.000 niños. El historiador mexicano P. Cuevas asegura que el número de sacrificios en lo que fue Nueva España era de cien mil seres humanos cada año<sup>26</sup>. Varios autores citados por Gomara hablan de 50.000. Tanto Acosta como Herrera aseguran que había días en que llegaban a matarse entre 5000 y 20.000 personas por día<sup>27</sup>. Fray Toribio de Benavente (a) Motolín<sup>28</sup>, describiendo la fiesta del año de Tlascallan, asegura que se sacrificaban 800 hombres entre la ciudad y la provincia. Francisco Antonio

---

<sup>23</sup> Seguimos para esta última parte el excelente trabajo de CRISTIÁN RODRIGO ITURRALDE, *1492 Tomo II. Fin de la barbarie comienzo de la civilización en América*, Grupo Unión, Bs.As. 2016.

<sup>24</sup> Cifra documentada y reconocida por antiguos partidarios del régimen, volcado en una voluminosa obra titulada “El libro negro del comunismo”.

<sup>25</sup> CLAVIJERO, FRANCISCO, *Historia Antigua de México*, Editorial Porrúa, México, 1991, 169. Aquí da cuenta de las cifras manejadas por distintos autores, incluidos los que hemos mencionado.

<sup>26</sup> *Op. cit.*, 70.

<sup>27</sup> La mayor parte de las fuentes están citadas en GUILLERMO PRESCOTT, *Historia de la Conquista de México*, Editorial Porrúa, 1968, 59.

<sup>28</sup> En *Op. cit.*, 67

de Lorenzana<sup>29</sup> afirma que en Cholula se sacrificaban 6000 niños por año. Por su parte, Diego Duran, desde su *Historia de las Indias*, después de describir las ceremonias de la coronación de Moctezuma y los sacrificios, dice: “había días de dos mil, tres mil sacrificados, y días de ocho mil, y otros cinco mil, la cual carne se comían, y hacían fiesta con ella, después de haber ofrecido el corazón al demonio”<sup>30</sup>. Fray Pedro Simón en su *Historia de la guerra de los indios Pijaos, indígenas de Tierra Firme*, calcula que desde la fundación del Estado azteca (1325) hasta su ocupación por las tropas de Cortés (1521) *se cuentan por millones —a lo largo de dos siglos— las víctimas inmoladas a estas divinidades*<sup>31</sup>. Michael Harner, conocido antropólogo estadounidense, estimó en 250.000 personas al año el número de sacrificados.<sup>32</sup> En resumen, se calcula que la cifra anual promedio de ejecuciones superaba con creces los cien mil.

Tomando los números más moderados, como los 50.000 anuales sugeridos por el historiador Francisco López de Gómara, encontramos que en 150 años, y solo en la región mesoamericana del continente, aztecas y aliados asesinaron a cerca de **6 millones** de personas (sólo contabilizando a los ejecutados bajo la forma de “sacrificio ritual”)<sup>33</sup>.

Como hemos dicho anteriormente, entre los aztecas, cada 20 días se celebraban fiestas que solían durar días, durante cada uno de los 18 meses que componían el calendario mexica, y todas ellas implicaban millares de víctimas humanas<sup>34</sup>.

## **II- Record número 2: Máxima cantidad histórica de ejecutados en cuatro días**

El holocausto más grande conocido por la humanidad fue realizado por los aztecas en el año 1487, con motivo de la consagración de la gran pirámide de Tenochtitlán, que había sido construida en cuatro años a base de esclavos. En un solo día de ese año se

---

<sup>29</sup> TORIBIO DE BENAVENTE, *Historia de los Indios de Nueva España*, Atlas, Madrid, 1970, 181, nota.

<sup>30</sup> DIEGO DURAN, *Historia de las Indias de Nueva España y uslas de tierra firme*, ed. México, 1867, I, pp. 430-431.

<sup>31</sup> Citado por LUIS ESPAÑOL BOUCHÉ, en su trabajo intitulado “*La independencia del caníbal y los Estados canibales*”, 2002. Consultar versión digital en: <http://perso.wanadoo.es/madrid1939/maslibres/canibal.pdf>.

<sup>32</sup> MICHAEL HARNER, *Bases ecológicas del sacrificio azteca*, Historia 16, n° 45, Madrid, 1980, pp. 94-105. Citado por PEGGY REEVES SANDAY, *El canibalismo como sistema cultura*, Barcelona, Lerna, 1986, 35.

<sup>33</sup> Se llega a esta cifra tomando como promedio la cantidad mínima de víctimas anuales acometidas por este pueblo a lo largo de casi dos siglos; números sugeridos por distintos historiadores. Es bastante probable, empero, que las cifras variaran sensiblemente de año en año, y dependiendo de particulares coyunturas. Pero sea como sea, un par de millones más o millones menos, no modifican el horroroso cuadro referido.

<sup>34</sup> Según algunos autores, en sólo una de esas “fiestas” anuales no se sacrificaban humanos. Consultar LAURETTE SÉJOURNE, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, 18-19.

asesinaron cerca de 80.400 personas<sup>35</sup> según señala Torquemada; a razón de una víctima por minuto. Prescott, protestante y antipático a España, afirma que no menos de 70.000 personas fueron ejecutadas para éste solo evento<sup>36</sup>. Distintos arqueólogos y antropólogos de prestigio, recreando los hechos y tomando en consideración distintos factores, confirmaron que efectivamente los sacerdotes indígenas tardaban ese tiempo en sacrificar una persona. Otros, en cambio, afirman que se necesitaron dos minutos por sacrificio entre víctima y víctima. Sea como sea, el número es alarmante.

Al respecto existe un minucioso trabajo de investigación bastante reciente producido por Discovery Channel, titulado *Aztec: Temple of Blood*, que contó entre sus colaboradores con reputados y prestigiosos expertos de distintas áreas; antropólogos, cirujanos y diseñadores científicos. Lo que allí se había propuesto era comprobar de una forma fehaciente y científica si realmente habían sido humanamente posible a los aztecas (en 1487) ejecutar a tantas personas en tan corto tiempo, es decir: si era físicamente posible a los sacerdotes extraer el corazón de una persona en dos minutos, una tras otra. Para el experimento se habían adquirido réplicas casi exactas del cuerpo humano a fin de que un cirujano pudiera comprobar el tiempo que se tardaba en extraer el corazón de una persona. Utilizando los mismos instrumentos que los indígenas, mediante un cuchillo de obsidiana mandado especialmente a confeccionar, el cirujano logró cortar debajo de las costillas del cuerpo artificial y llegar al corazón por debajo de la caja torácica, desde donde procedió a la extracción del órgano humano. Pareciera increíble, pero sólo le tomó ¡17 segundos! Resulta presumible suponer que de haber continuado intentando hubiera llegado a adquirir eventualmente la práctica y oficio que tenían los sacerdotes indígenas en la materia, logrando un tiempo mucho menor.

El mentado estudio terminó por confirmar lo que ya había aseverado la antropología y la evidencia documental: que los aztecas son culpables de haber cometido el mayor holocausto de la historia de la humanidad, considerando no sólo las víctimas de aquella sangría de 1487, sino todos los que habían ultimado con anterioridad y los que liquidaron posteriormente hasta la llegada de los españoles.

---

<sup>35</sup> La cifra oscila de acuerdo al autor. Pero creemos que las ofrecidas por Sahagún son las más próximas a la realidad. Torquemada calcula el número en 72.344 (JUAN TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, reproducción de la 2da. Edición, Madrid, 1723, 3 vols., México, Editorial Porrúa, México, 1969, Lib. 2, cap. 63).

<sup>36</sup> *Op. cit.*, 59.

El cronista indígena Alva Ixtlilxochitl ofrece una cifra total bastante mayor a los 20.000 sugeridos por algunos. Según él, fueron ochenta mil cuatrocientos hombres en este modo: de la nación tzapoteca 16.000, de los tlapanecas 24.000, de los huexotzincas y atlixcas otros 16.000, de los de Tizauhcoác 24.4000, que vienen a montar el número referido, todos los cuales fueron sacrificados ante este estuario del demonio [Huitzilipochtli], y las cabezas fueron encajadas en unos huecos que de intento se hicieron en las paredes del templo mayor, sin [contar] otros cautivos de otras guerras de menos cuantía que después en el discurso del año fueron sacrificados, que vinieron a ser más de 100.000 hombres; y así los autores que exceden en el número, se entiende con los que después se sacrificaron<sup>37</sup>.

Bernal Díaz del Castillo contabilizó más de cien mil cráneos en las plazas de las regiones aztecas. De su encuentro con la enorme estantería de cráneos en el centro de Tenochtitlán, nos describe el español Andrés de Tapia la siguiente escena: “Los postes estaban separados por algo menos de una vara [aproximadamente un metro] y atestados de varillas en cruz de arriba hacia abajo y en cada varilla había cinco cráneos atravesados a la altura de las sienes: el que escribe y un tal Gonzalo de Umbría contaron las varillas en cruz y al multiplicar por cinco cabezas cada varilla de un poste a otro, como he dicho, se descubrió que había 136 mil cabezas”<sup>38</sup>.

Recapitulando, digamos por lo pronto lo siguiente: hayan sido 100.000, 50.000 o 20.000 las víctimas en aquellos fatales cuatro días, tratamos aquí con un record bestial<sup>39</sup>.

### **III- Record número 3: Los desgraciados niños**

Este constituye, tal vez, el más vil de cuantos récords y sangrías acometieron los indígenas en América. Ninguna sociedad en la historia tuvo mayor predilección por la inmolación de niños que los pueblos precolombinos. Si bien los sacrificios humanos fueron un acto terrorífico, condenable y repudiable, los de niños, sin dudas, constituyen una escala superior e insólita de bestialismo.

---

<sup>37</sup> ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de la nación chichimeca*, Barcelona 2018, Lingkua-digital.com, cap. LX.

<sup>38</sup> ANDRÉS DE TAPIA, *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme del Mar Océano, s/e, s/a, 108-109* (edición digital consultada el 22/6/2018, aquí: <https://es.scribd.com/document/351288664/Andres-de-Tapia-Relacion>).

<sup>39</sup> Sólo superado por los ataques estadounidenses y aliados a Hiroshima, Nagasaki y Dresde, y por los exterminios perpetrados por los bolcheviques en el siglo XX. Tal vez también por el del genocidio perpetrado por los jacobinos franceses contra el pueblo católico y campesino de la Vendée en el siglo XVIII.

Cuando creían haberlo visto todo, los misioneros y conquistadores españoles quedaronse perplejos al constatar la existencia de masivos sacrificios humanos de niños. Si existía una fiesta particularmente aterradora para los niños, ésta era sin dudas la de Tláloc<sup>40</sup> -dios de la lluvia y del relámpago entre los aztecas- en donde los sacrificados eran exclusivamente niños. Refiriéndose a otros sacrificios realizados por los aztecas en el mes de Atcavalo, escribe Bernardino de Sahagún:

“En este mes mataban muchos niños; sacrificándolos en muchos lugares, en las cumbres de los montes, sacándoles los coraçones a honra de los dioses del agua, para que les diessen agua o lluvia. A los niños que mataban componíanlos con ricos atavíos para llevarlos a matar, y llevábanlos en unas literas sobre los hombros, y las literas iban adornadas con plumajes y con flores; iban tañendo, cantando y bailando delante de ellos. Cuando llevaban a los niños a matar, si lloraban y echaban muchas lágrimas, alegrávanse los que los llevaban, porque tomaban pronóstico de que havían de tener muchas aguas esse año. (...). No creo que hay corazón tan duro que oyendo una crueldad tan inhumana, y más que bestial y endiablada como la que arriba queda puesta, no se enterezca y mueva a lágrimas y horror y espanto”<sup>41</sup>.

Afirma Morales Padrón que era muy común en algunas tribus el ahogamiento de niños, y “que entre los chibchas se ofrecían preferentemente niños, a los que se criaba hasta los 15 años en el Templo del Sol, para ser finalmente muertos a flechazos, atados a una columna”<sup>42</sup>. A su vez, Francisco Clavijero refiere que en la Fiesta de Tlaloc los aztecas sacrificaban exclusivamente niños de ambos sexos, que compraban para la ocasión. Eran dos las formas en que acometían la ejecución: a unos los ahogaban en el lago y a otros los encerraban en una caverna y los dejaban morir de hambre<sup>43</sup>.

Describe Prescott –historiador protestante- la horrible escena de los niños sacrificados a los dioses:

---

<sup>40</sup> Tláloc, fue muy importante y de los más adorados en México y uno de los más representados desde la época remota teotihuacana.

<sup>41</sup> BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, Dastin, Madrid 2001, Tomo I, pp. 17-18.

<sup>42</sup> FRANCISCO MORALES PADRÓN, *Manual de Historia Universal*, t. V, Historia General de América, Madrid, 1962, 62 (referencia a ahogamiento de niños) y 88-89 (caso de los Chibchas).

<sup>43</sup> *Op. cit.*, 168.

“(Los niños) se llevaban en andas descubiertas, adornados con las vestiduras propias de la solemnidad, y cubiertos con las risueñas flores de la primavera, movían a piedad al corazón más endurecido, no obstante que sus gritos se ahogaban en el horrible canto de los sacerdotes que leían en las lágrimas de aquellos desgraciados el augurio favorable de su petición. Estas inocentes víctimas, generalmente las compraban, a padres pobres, quienes ahogaban la voz de la naturaleza probablemente menos con las sugerencias de la miseria que con las de una infame superstición”<sup>44</sup>.

Tomando en consideración el hecho que, generalmente, tras un exitoso combate, las culturas mejor organizadas obtenían de una sola vez decenas de miles de prisioneros para sacrificar, y que éstos vivían de guerra en guerra, cabría preguntarse lo siguiente: ¿Qué hubiera sucedido a aquellas culturas de no haber llegado los españoles y los misioneros católicos? Podría suponerse, sin temor a exagerar, que habrían desaparecido de la faz de la tierra sin dejar, tal vez, rastro alguno de su existencia. Probablemente, de no haber prohibido los españoles estas prácticas, las culturas indígenas hubieran desaparecido como sucedió con los mayas, los teotihuacanos y los toltecas. Es el destino forzoso de los seguidores de falsas religiones<sup>45</sup>.

Por referir otros casos, también practicaron los sacrificios humanos de niños en forma bastante frecuente los picunches<sup>46</sup> y los araucanos/mapuches<sup>47</sup>; incluso en épocas bastante recientes, siendo conocido el caso del niño de cinco años asesinado luego del terremoto de Valdivia de 1960; hecho que tomó estado público y que causó gran revuelo en su momento<sup>48</sup>.

---

<sup>44</sup> PRESCOTT, *Op. cit.*, 58.

<sup>45</sup> Encontramos, con gran regocijo, que el gran historiador francés Jean Dumont, se interesó alguna vez por la misma pregunta: “Es Jacobo Soustelle mismo, historiador tan aztequista, quien lo señala (...). Los aztecas estaban moral y físicamente al extremo de sus límites en sus sacrificios humanos masivos (25.000 jóvenes sacrificados para la sola inauguración del gran templo de Méjico). “Cabe preguntarse, escribe Soustelle, a qué les habría esto llevado si los españoles no hubieran llegado (...). La hecatombe era tal (...) que hubieran tenido que cesar el holocausto para no desaparecer” (JEAN DUMONT, “La primera liberación de América”, *Verbo* Nro. 267, octubre 1986, 85).

<sup>46</sup> Se denomina "picunche" a la población indígena hablante de mapudungun que en el siglo XVI habitaba entre el valle del río Aconcagua y el río Itata, o según una definición más restringida, a aquellos que habitaban el mencionado valle y el contiguo del Mapocho; en el segundo caso, se denomina "promaucaes" a los que vivían en el valle del Maipo y del Cachapoal.

<sup>47</sup> S/A, “Ritos macabros a orillas del mar”, en *Revista anales* 1 (2011), Universidad de Chile, Séptima Serie, 215-223. Consultar en: <http://www.revistas.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewFile/12347/18134>. Tanto el P. Rosales (siglo XVII), como el gran historiador chileno José Toribio Medina y el dominico Alfonso Fernández, dieron cuenta de lo mismo.

<sup>48</sup> ARTURO ZUÑIGA, *El niño inmolido*, El Mercurio, Santiago de Chile, 15/8/01. Consultar artículo completo en: <http://www.mapuche.info/news02/merc010815.html>.

Entre los incas, la situación de los niños no fue mucho mejor. Por mencionar sólo un caso, cuenta el obispo fray Reginaldo de Lizárraga que el cacique inca Hauina Capac ordenó matar 15.000 niños, que, procedentes del Ecuador, venían con flores en las manos para pedirle perdón para sus padres, guerreros vencidos y prisioneros, que el poderoso Inca había condenado a muerte<sup>49</sup>. No sólo se asesinaban hombres y niños cuando moría algún emperador inca para que los acompañasen "al más allá", también los caciques tenían este hábito. Dice Fray Jerónimo de Aguilar que algunos caciques se enterraron con todas las ropas y oro que tenían, y para hacerles compañía emparedaban niños, indios y «llamas», que son los carneros de Perú<sup>50</sup>. Para contentar a «Supai»<sup>51</sup>, dios de los muertos, ávido por conseguir nuevas almas, mataban cada año 100 niños en su honor, seleccionados entre los más hermosos<sup>52</sup>. Pedro Cieza de León, refiriéndose a la muerte del inca Huaina Capac, afirma que le enterraron en Cuzco, donde mataron para encerrar en su sepultura, 4.000 personas, seleccionadas entre las esposas, amigos, familiares y criados que más había querido en vida<sup>53</sup>.

\* \* \*

Hasta aquí entonces algunas muestras que pocas veces se dicen respecto de ciertos pueblos prehispánicos que, lejos de ser un paraíso terrenal, parecían primero ser exorcizados antes que evangelizados.

P. Dr. Javier Olivera Ravasi

Buenos Aires, Abril de 2018

---

<sup>49</sup> LEONARDO GUTIÉRREZ COLOMER, *Costumbres, medicamentos y alimentos precolombinos en Perú*, 1967 (conferencia). Cfr. <http://www.analesranf.com/index.php/discurso/article/viewFile/652/654>. El autor fue un reconocido farmacéutico y botánico español, Académico de Número. Citado también por Cristóbal Real, *En las tierras del oro del imperio del sol*, Editora Nacional. Madrid, 1945, p. 101.

<sup>50</sup> *Ídem*.

<sup>51</sup> El Supay, Zupay o Supa.- (Diablo andino) es un dios-demonio originario principalmente de las mitologías Aimara e incaica de la civilización andina en Sudamérica. Corresponde a un ser que habita las profundidades de la tierra y el inframundo de los muertos, que puede ser tanto malo como bueno

<sup>52</sup> JUAN B. BERGUA, *Mitología Universal*, Tomo II, Ediciones Ibéricas, Madrid, 1960, 104.

<sup>53</sup> CRISTÓBAL REAL, *En las tierras del oro del imperio del sol*, Editora Nacional, Madrid, 1945, 101.